

## RESEÑA

Calderón de la Barca, Pedro, *Autos sacramentales. El divino Jasón. El gran mercado del Mundo. El gran teatro del Mundo. La viña del Señor*, ed. I. Arellano, Homo Legens (Bibliotheca Homolegens, 50), Madrid, 2010, 406 pp. ISBN: 978-84-92518-54-8.

Quevedo, Francisco de, *Prosa satírica*, ed. I. Arellano, Homo Legens (Bibliotheca Homolegens, 58), Madrid, 2011, 206 pp. ISBN: 978-84-92518-69-2.

FERNANDO PLATA (Colgate University)

Los dos volúmenes que se reseñan vienen avalados por la larga y ejemplar trayectoria investigadora de su editor, Ignacio Arellano. Se trata de dos tomos dirigidos a un amplio público lector, exentos, pues, del aparato crítico de variantes y anotación filológica que suelen acompañar a las ediciones dirigidas a especialistas e investigadores. Esto no quiere decir que la edición sea descuidada o insatisfactoria. Al contrario, Arellano pone a disposición del lector textos depurados cuidadosamente y anotados de forma eficaz, sin distraerle con cuestiones ecdóticas y eruditas que no son de su interés.

El tomo de autos sacramentales de Calderón recoge los textos de la serie de autos sacramentales completos de la editorial Reichenberger que el propio Arellano dirige desde hace dos décadas. Se trata pues, de textos críticos, publicados en 1992 por Arellano y Cilveti (*El divino Jasón*), en 1997 por Arellano, Oteiza, Cilveti y Pinillos (*La viña del Señor*), en 2003 por Suárez Miramón (*El gran mercado del Mundo*) y, en el caso de *El gran teatro del Mundo*, un avance del texto crítico que el propio Arellano tiene en preparación para la misma serie. Se ahorra al lector el análisis ecdótico de la transmisión textual de los autos y las variantes, pero se le entrega un texto fiable, depurado filológicamente y anotado de forma sensible para promover «una lectura más fácil de unas obras complejas, sobre todo para la generalidad de los lectores actuales» (*Autos sacramentales*, p. 50). En ese sentido, la anotación del tomo de Quevedo, a pie de página, puede resultar más cómoda

para el lector que la de los autos de Calderón, cuyas notas se relegan al final de cada auto, lo cual dificulta un poco la lectura «eutrapélica» (*Prosa satírica*, p. 34) que buscan estas ediciones.

En el caso del tomo de Quevedo, en el que se editan varios opúsculos festivos como la *Pregmática de aranceles generales*, el *Memorial que dio en una academia pidiendo una plaza*, las *Cartas del caballero de la Tenaza*, *La culta latiniparla* o el *Libro de todas las cosas*, los textos se basan en los de ediciones anteriores del propio Arellano, cotejados con la edición crítica reciente de Antonio Azaustre (2007) que forma parte de la edición de la prosa completa de Quevedo que dirige Alfonso Rey.

Ambos tomos vienen arropados de una útil introducción, más somera en el caso del tomo de Quevedo, más enjundiosa en el de Calderón. La introducción del tomo de Quevedo (*Prosa satírica*, pp. 17-34) traza de forma escueta, pero con gran precisión, la biografía del escritor; su estética, sobre todo en relación con la teoría de la agudeza de Gracián y con la vasta cultura y reelaboración literaria de Quevedo; y su obra en prosa, con un repaso breve y claro de argumentos y técnicas de sus obras festivas en prosa.

La introducción del tomo de Calderón (*Autos sacramentales*, pp. 9-50) comienza con una explicación del género y las circunstancias del auto sacramental. El auto sacramental se incluye en las fiestas del Corpus, instituido en el siglo XIII y revitalizado en el Concilio de Trento en el XVI como respuesta a las actitudes protestantes sobre la Eucaristía. A continuación se define el género con dos rasgos fundamentales, la relación con la Eucaristía y su carácter alegórico. La relación con la Eucaristía, y de forma inseparable, la caída del hombre y redención de Cristo, no significa que este sea el único tema de los autos, en los que, según formulación clásica de Calderón, el «asunto» es siempre el mismo, la Eucaristía, pero los «argumentos» son diferentes: historias de amor, leyendas mitológicas, historias bíblicas, etc. Arellano (*Autos sacramentales*, p. 14) explica que el auto es un género doctrinal (son «sermones en verso»), pero también litúrgico, por lo que exige la «participación colectiva en la experiencia religioso festiva»; la apelación no es tanto intelectual como emocional, «para provocar una adhesión ideológica o espiritual» (*Autos sacramentales*, p. 17) más allá de si el pueblo entendía los razonamientos teológicos.

Una segunda sección de la introducción se dedica a explicar los mecanismos de la alegoría en el auto, para lo que se distinguen dos tipos de alegoría: por un lado

la de los personajes que encarnan abstracciones, como la Fe, la Esperanza, etc., y por otro, la de sistemas organizados de metáforas que permiten, por ejemplo, «convertir una historia mitológica en expresión de la aventura divina de la salvación» (p. 17), uniendo el plano de las letras humanas con el del sentido divino.

La siguiente sección se ocupa de la música y la escenografía del auto, que facilitan la comunicación con el público y la eficacia doctrinal; se analizan el uso de la música profana frente a la divina, y la complejidad escenográfica, detallada en las memorias de apariencias que el poeta escribía para indicar la escenografía de los carros.

Entre los cuatro autos seleccionados, *El divino Jasón* es un buen ejemplo de auto temprano de Calderón (aunque de autoría discutida) con el empleo de la mitología en su valor alegórico, que convierte la Eucaristía en rescate de la humanidad (Medea) por Cristo (Jasón) mediante la aplicación alegórica de la conquista del Vello de Oro; *El gran teatro del Mundo* es el más conocido de los autos calderonianos; *El gran mercado del Mundo*, también temprano, es un complejo e interesante auto, cuya estructura se explica en la introducción; por último, *La viña del Señor*, de 1674, es un buen ejemplo del Calderón maduro, de gran densidad teológica y mayor exigencia para el lector.

El volumen incluye, finalmente, una bibliografía sucinta pero exacta, con lo más granado de los estudios sobre el auto, con obras del propio Arellano, Flasche, Frutos, Parker, Reichenberger, Rull, Shergold y Varey, Valbuena Prat y otros.

Arellano considera los cerca de 80 autos que escribió Calderón «uno de los conjuntos artísticos de mayor interés literario y cultural en el Siglo de Oro». No es exagerada la afirmación, a pesar del descrédito que el teatro religioso de Calderón ha sufrido como consecuencia del anticlericalismo dominante en la cultura española durante largo tiempo. Merece la pena recordar, en este sentido, las palabras de E. R. Curtius («George, Hofmannsthal, and Calderón», en *Essays on European Literature*, Princeton University Press, Princeton, 1973, pp. 167-168; la traducción es mía) en 1934: «Hay solo dos poetas en el mundo cristiano: Dante y Calderón. Ellos solos reflejaron el entero mundo cristiano con sus gradaciones jerárquicas de clases y esferas. Solo ellos, también, escribieron para el conjunto del mundo cristiano [...] Calderón escribe para la gente y para la Iglesia, para reyes y señores, para soldados y estudiosos. En el espejo mágico de sus doscientos dramas captura toda la variada actividad del mundo y lo entreteje con los símbolos de lo supraterrrestre».